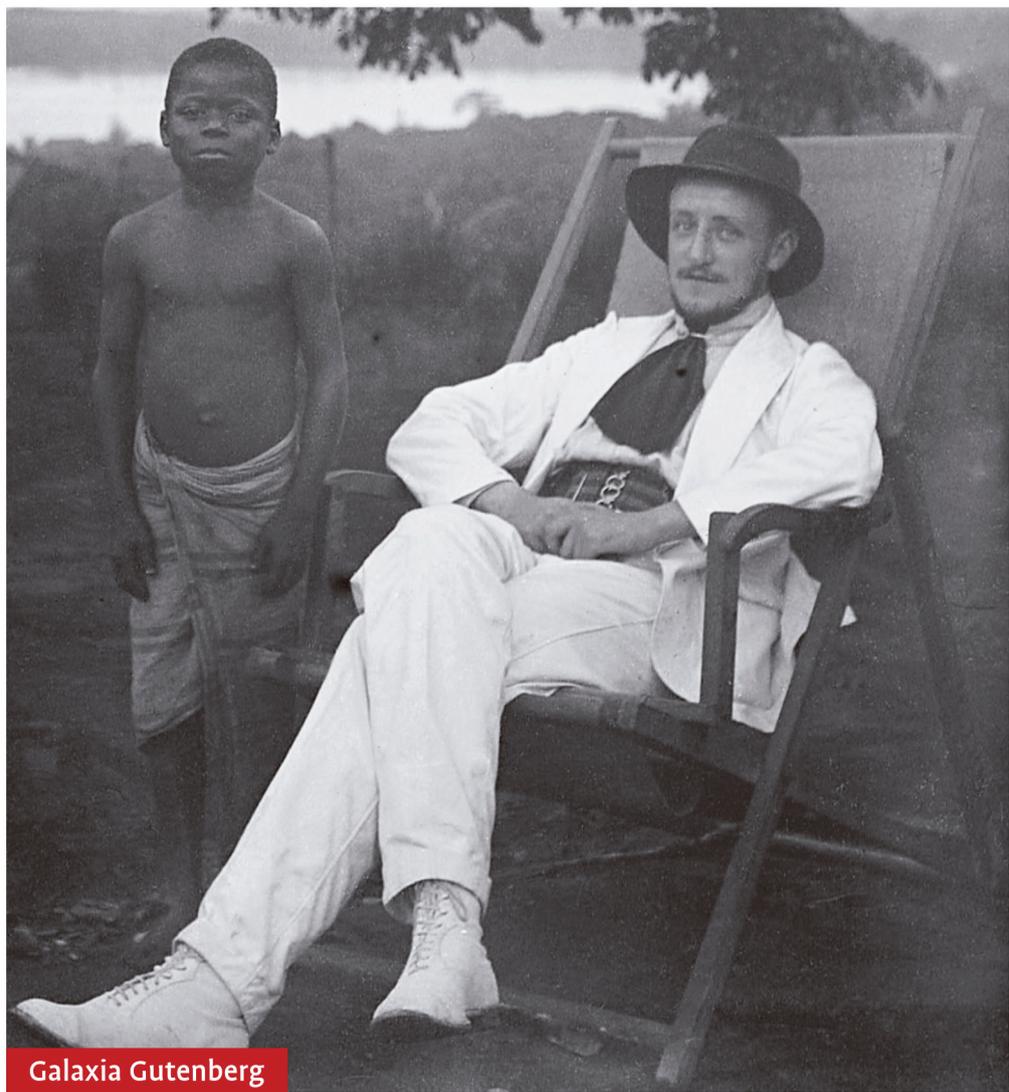




José Ovejero
Las vidas ajenas



JOSÉ OVEJERO

Las vidas ajenas

Galaxia Gutenberg

Este libro se publicó originalmente en la editorial
Espasa Libros, en 2005

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2022

© José Ovejero, 2005, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 143-2022
ISBN: 978-84-18807-71-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

LEBEAUX

Lebeaux pulsó el botón para detener la cinta y fue a sentarse tras el escritorio. Su abogado no hizo un gesto; sencillamente se quedó donde estaba, de pie a un lado del escritorio, mirando la grabadora como si todavía estuviese escuchando. A Lebeaux le hacía hervir la sangre la pachorra del abogado. Si se le dejaba, se quedaría ahí parado durante una hora, con el maletín de cuero en la mano —¿por qué demonios no lo dejaba en el suelo?—, observando la grabadora por encima de las gafas y restregando unos contra otros, en un movimiento lento, deliberado, irritante, los dedos de la mano que no sujetaba el maletín.

—La cinta se ha acabado, Degand.

El abogado asintió despacio, sin perder de vista la grabadora; parecía creer que de un momento a otro se iba a poner sola en marcha. Seguía restregando las yemas de los dedos.

Carraspeó dos veces, en lo que podría haber sido un preparativo para la frase que iba a pronunciar, pero después del carraspeo no vino nada.

—Por el amor de Dios, Degand, diga algo, opine, láméntese, consuélame, blasfeme. Pero diga algo.

El abogado salió de su fascinación por la grabadora; levantó la vista. Volvió a carraspear.

—¿Le importa que me quite el abrigo?

—Por mí puede quedarse en pelotas, si me dice qué piensa de la grabación.

Degand se quitó parsimoniosamente el abrigo que, como toda la ropa que llevaba, parecía recién estrenado; lo colgó en el perchero. Pidió permiso para sentarse con un gesto y entendió

como asentimiento la mirada de desesperación que su jefe elevó al cielo.

–Es un sucio chantaje –afirmó.

Lebeaux le contempló unos instantes maravillado. Nadie adivinaría jamás que en ese hombre de aspecto alelado, respetuoso hasta el servilismo, enfermizamente pulcro, de conversación lenta y no siempre muy coherente –podría imaginárselo uno fácilmente envejeciendo en los archivos del Palacio de Justicia–, habitasen una inteligencia fuera de lo común y una decisión que no toleraba obstáculos. Sólo le faltaba capacidad para expresarse.

–¿Qué más?

–Si no le molesta, me gustaría preguntarle...

–Degand, no se eternice; lo que quiera preguntar, lo pregunta. Y lo que quiera decir, lo dice.

–Sí. Exactamente. Exactamente. Por eso quería preguntarle cómo ha hecho la grabación. ¿Cómo sabía que le iba a llamar?

–No lo sabía. Me llamó aquí al despacho. La secretaria pasó la comunicación porque la convenció de que era cosa de vida o muerte. Cuando empezó a contarme de qué se trataba, le dije que no podía hablar, que no estaba solo y que me llamase un minuto más tarde para cambiar de despacho. Colgué, puse en marcha el dictáfono y pulsé ese botón del teléfono que permite escuchar la conversación sin el auricular, ya sabe el que digo.

Degand asintió.

–Cuando sonó el teléfono, contesté.

–Bien hecho, señor Lebeaux. Bien hecho.

–Gracias, Degand.

–El acento no es de africano –reflexionó el abogado.

–No, y de chino tampoco, ni de italiano. ¿Y qué?

–Por el tipo de chantaje. Podría haber sido un africano.

–¿Hm?

–Un africano con motivaciones políticas.

–Quinientos mil euros no son una motivación política.

A Lebeaux le pareció que, por una vez, era Degand quien se impacientaba; al menos así se podía interpretar que plegase los labios hacia adentro, volviéndolos, si cabía, aún más invisibles

de lo habitual, porque Degand era un hombre de labios tan finos que parecía carecer de ellos.

—¿Hay algo que no he entendido, Degand?

—Si me permite...

—Continúe, Degand.

—Si me permite, no es que piense que el chantaje tiene motivación política. Pero sí que podría disfrazarse de acto político en caso de necesidad.

—¿Por ejemplo?

—No llamándolo chantaje, sino contribución de una familia de explotadores coloniales a reparar el daño realizado en el Congo; una indemnización a los pobrecitos africanos que fueron expoliados y tratados de forma inhumana por personas como su bisabuelo. Esas cosas.

—No creo que vaya a dar los quinientos mil a Médicos sin Fronteras.

—Pero presentándolo así el chantaje tiene más peso. Usted sabe que la gente es imbécil, la opinión pública se solidarizará con ese delincuente antes que con usted si intuye en él algún ánimo justiciero. El daño para su prestigio sería mayor... porque tendría más difusión en la prensa.

—O sea, que lo que quiere es que a mí me dé miedo una publicación de la foto en los periódicos y pague para evitar que se ensucie el nombre de mi familia y se ponga en tela de juicio el origen de mi fortuna. Quinientos mil euros a cambio de una foto de hace cien años. —Degand hizo un gesto de duda, pero no respondió—. Ya. Si no fuese por la última frase, yo tampoco me preocuparía mucho.

Lebeaux rebobinó unos segundos y volvió a poner en marcha la grabadora: «...pero la corrupción de su familia dura hasta hoy; si no paga, haremos llegar más pruebas a la prensa, que le conciernen directamente a usted».

Degand sacudió la cabeza.

—Póker.

—¿Qué?

—Está jugando al póker, y yo creo que va de farol. Pero claro, puede que no. Nunca se sabe, ¿verdad? ¿Qué piensa hacer usted, señor Lebeaux?

–Esperar, Degand. Esperar a que insista, quizá a que ponga más cartas sobre la mesa, a que me envíe esa foto, según él atroz que atestigua la maldad de mi familia y todas esas idioteces. Y a ver si averiguamos cuánto sabe o no sabe para evaluar la gravedad de la situación. Pero yo creo que sabe; no tendría sentido que se basase únicamente en una foto roñosa.

–¿De qué número, quiero decir, han comprobado...?

–Sí, tenemos el número desde el que se realizó la llamada. Y ha resultado ser de una cabina.

–Eeh, ¿dónde?

–Ya se lo estoy diciendo. De una cabina telefónica, no de un domicilio privado ni una oficina. Un teléfono público al que cualquiera podría acceder.

–Ah.

–¿Degand?

–¿Señor Lebeaux?

–O me dice lo que está pensando o lo despido en este instante.

–Pensaba, es decir, pienso, que sería bueno saber de qué cabina se ha hecho la llamada. La gente no es muy lista.

–De acuerdo. ¿Puede encargarse de averiguarlo?

–Con gusto. Teniendo el número de origen de la llamada no será difícil. No, no será difícil.

–Espero que actúe con discreción.

–¿Con discreción? Claro; claro. No pensaba preguntar a la policía. Tenemos suficientes amigos en Belgacom. Es lo bueno de tener amigos, ¿verdad?

Lebeaux se quedó en silencio y Degand interpretó correctamente la situación. Se incorporó haciendo una leve inclinación, se dirigió al perchero y se puso el abrigo.

–Degand; ¿si estuviese en mi pellejo, pagaría usted? Al fin y al cabo, no es tanto dinero.

Degand se giró hacia su jefe. Suspiró. Frunció el entrecejo. Agachó un poco la cabeza para mirarle por encima de las gafas.

–Yo, si fuese usted, señor Lebeaux, le arrancarías las tripas.

Sophie estaba sentada en el borde de la bañera, vestida sólo con ropa interior negra de encaje, cortándose las uñas de los pies. Lebeaux había terminado de afeitarse pero, en lugar de dirigirse al vestidor, se quedó apoyado sobre la repisa de mármol que unía los dos lavabos, espiando a su mujer en el espejo que cubría toda la pared.

Sophie sonrió sin apartar la vista de su tarea.

—Mirón.

Para Lebeaux uno de los pequeños placeres de la vida era contemplarla mientras se aseaba o vestía, mientras se aplicaba desodorante o se quitaba el maquillaje con un algodón, presenciar la desnudez total o parcial de su cuerpo en esos instantes, no tanto por el hecho mismo de la desnudez —mujeres desnudas había visto Lebeaux más de las que merecía la pena recordar—, como porque ser testigo de esos movimientos y actos, que en principio no estaban destinados a ser vistos por nadie, lo volvían ligeramente nostálgico, como si le devolviesen recuerdos de una ingenuidad perdida no sabía cuándo, si es que la había tenido alguna vez.

Sophie, desde hacía tiempo, le permitía entrar en el cuarto de baño y observarla. Ya no era aquella chiquilla pudorosa con la que se casó tres años después de quedarse viudo y que, a pesar del descaro del que hacía gala en público y también cuando quería seducirlo, enseguida protestaba si se daba cuenta de que su marido la espiaba cuando ella se creía sola, concentrada en esas actividades íntimas: ay, no me mires así.

Tú haz como si yo no estuviese.

Al principio corría a encerrarse en algún lugar a salvo de su mirada; pero ya no; se había ido transformando, en parte para satisfacerle, y él se sentía culpable de esa pérdida de pudor; porque al convencerla para dejarse mirar estaba destruyendo precisamente lo que quería encontrar contemplándola; ya no se quedaba absorta en sus pensamientos, ausente, concentrada en esas mínimas acciones del cuidado corporal; tú haz como si no estuviese aquí, haz lo que harías si no estuviese aquí, insistía él. Pero no era posible. Sophie había empezado a posar, abría las piernas más de lo necesario, se agachaba delante de él para procurarle una buena perspectiva de sus nalgas, se extendía crema hidratante sobre los senos lenta, deliberadamente. La estaba convirtiendo en una mujer vulgar.

Lebeaux se dio la vuelta, la miró sin el espejo como intermediario.

–Sophie

Sophie no levantó la cabeza.

–Sí, cariño.

–¿Por qué no vas a la manicura?

–¿Ya no te gusta mirarme?

–Me encanta.

–¿Ves?

Sophie le guiñó un ojo. Lebeaux se preguntó si de verdad podía quererlo. Nunca había contado con ello. Sí esperaba que no llegara a aborrecerlo. Pero no puedes casarte con una mujer cuarenta años más joven y confiar en que el interés no desempeñe ningún papel en su decisión o que acabe profundamente enamorada de ti. Lebeaux no era hombre de hacerse ilusiones; prefería saber cuál era la situación, por desventajosa que fuera, y extraerle el máximo partido.

Había conocido a Sophie –que en realidad se llamaba Sofía– en una cena de negocios en el restaurante del hotel Quinta Real de Monterrey, un pastiche pretencioso a base de elementos populares, aztecas, y clásicos que le hacían sentirse a uno en un decorado de teatro. Estaba interesado en comprar parte de una cervecería mexicana, por cuyas acciones le pedían un

precio muy ventajoso a cambio de que el que figurase en los documentos fuese muy superior al real. Lebeaux se beneficiaría fiscalmente al reducir los beneficios del holding, y los empresarios de Nuevo León podrían aprovechar la diferencia entre el precio real y el más alto que figuraría en los documentos para hacer aflorar dinero negro, que, aunque Lebeaux tuvo la delicadeza de no preguntarlo, probablemente provendría del narcotráfico. Para dificultar cualquier intento de verificación de los pagos por parte de las autoridades mexicanas o belgas, las operaciones se realizarían a través de cuentas en paraísos fiscales a nombre de empresas creadas expresamente para ello.

Nunca supo de quién fue la idea de sentar a esa chiquilla a su lado. Aparte de Sophie se encontraban allí los tres accionistas principales de la cervecera, sus mujeres y la hija de uno de ellos, que era quien había llevado a su amiga supuestamente para que le hiciese compañía, aunque sin duda una de las razones era que Sophie había hecho sus estudios en el Liceo Anglo Francés de Monterrey, por lo que podía participar en la conversación en inglés y también hablar en francés con Lebeaux para hacerle sentirse más cómodo. Durante la cena casi no se habló de negocios; era más bien una reunión social, en la que se intercambiaron anécdotas, referencias a conocidos comunes, comentarios sobre campos de golf —Lebeaux era un gran aficionado, orgulloso de mantener un hándicap 8 a pesar de que sus brazos iban perdiendo fuerza—, todo ello adornado con joviales risas, que fueron haciéndose más sonoras a medida que se vaciaban botellas de Monte Xanic. Por supuesto, nadie olvidaba que se trataba de una reunión de tanteo, una forma civilizada de medir al contrario antes de iniciar aquella operación en la que era imprescindible no la confianza mutua —excluida de antemano— pero sí la convicción de que el socio sería capaz de realizar algunas gestiones delicadas. Nadie mencionó el auténtico motivo de la reunión; ya habría tiempo al día siguiente. Fingieron ser amigos dispuestos a paladear una buena cena, a fumar juntos sus habanos con ademanes de gente de mundo, y las mujeres premiaban con sonrisas la seguridad que

les ofrecían esos hombres poderosos, capaces de defenderlas de las miserias de la vida.

Sophie participaba en la conversación con descaro, haciéndoles reír con anécdotas de la universidad; Lebeaux recordaba cómo contó, mientras comía un pastel de chocolate, que un profesor suyo tuvo que solicitar plaza en otra universidad –Sophie había comenzado sus estudios de Diseño de Interiores en la Universidad de Monterrey–, después de que ella se le sentase en las rodillas. «Él hacía como que yo no le gustaba, el muy perro. Porque en la UDEM todos se hacen los católicos, así, piadosones. Pero yo sabía que sí. ¿Ves? ¿A que no me pides que me baje de aquí?, le dije. No me lo pidió. Pero a mitad de curso ya se marchó a la Autónoma de Guadalajara. Qué cobarde.» Sophie se miró las uñas con un mohín de disgusto. «Una pena. Me habría dado seguro un sobresaliente.»

No era vulgar. Lo sorprendente es que no era vulgar, porque lo contaba todo con un aire tan divertido que parecía que le había ocurrido a otra. Y Lebeaux se daba cuenta de que los hombres la miraban con orgullo, y después a él asintiendo con los ojos, como animándolo a no desaprovechar la ocasión. Pero fue ella quien tomó la iniciativa. Por Dios, él no se habría atrevido nunca. No porque fuese mojigato o ignorase el atractivo que ejerce el poder sobre las mujeres, pero la diferencia de edad le parecía tanta que no podía imaginar que ella estuviese dispuesta a saltársela.

Pero poco a poco fueron aislándose de la conversación y acabaron hablando en francés; ella le preguntaba por su trabajo como si de verdad le interesase. Parecía apasionarse cuando él le contaba de sus viajes, de grandes operaciones financieras, de sus empresas en África, incluso le explicó su estrategia de realizar compras anticíclicas.

–Comprar empresas en un momento de expansión lo puede hacer cualquiera; hacerlo en momentos de crisis es el arte.

Tenía la sensación de presumir como un jovencuelo. Pero lo estaba pasando bien; disfrutaba la admiración real o fingida que se leía en la cara de Sophie, su curiosidad por ese mundo que ella desconocía, y se excitaba al sentir su aliento en la cara,

o cuando la mano de Sophie le tomaba un momento el antebrazo para acentuar lo que estuviera contando.

Dios, si yo pudiese tener una mujer así, no una joven prostituta, sino una mujer como Sophie, despreocupada, ligera, feliz, joven, claro, tan joven como para que no se le vean las cicatrices de la codicia, los desengaños, el cálculo, aún sin endurecer por la vida.

También él aprovechaba cualquier ocasión para rozarla con la mano, para mirarla a los ojos o a los labios.

Aunque pensó que iba a sentirse ridículo ante los demás, no dudó más que unos segundos cuando ella, casi en voz baja, le preguntó

—¿Por qué no me llevas a tomar algo a un sitio más divertido?... Aunque no hay muchos sitios divertidos en Monterrey. —En realidad, no tuvo ni que responder. Antes de hacerlo ella volvió a apoyar la mano en su antebrazo—. Espera. Voy al baño. Cuando vuelva nos vamos.

Uno de los socios —cuyo nombre ya no recordaba, un hombre de unos cincuenta años, calvo y con la cara algo deformada quizá por una hemiplejía—, mirando marcharse a Sophie hacia el baño, levantó el índice como para emitir un juicio sesudo:

—De una mujer mexicana puedes esperártelo todo. —Y después, volviéndose hacia Lebeaux—: Todo, salvo la verdad. —Y estalló en una carcajada que provocó que su mujer le diese un manotazo juguetón y chasquease la lengua con fingido disgusto antes de sumarse a sus risas.

No fue una noche memorable, al menos no por los motivos adecuados. La comida le sentó mal —su estómago nunca soportó bien el picante— y no fue capaz de satisfacer a Sophie. Podría haberla masturbado para que se fuese medianamente contenta, pero le pareció indigno; él no estaba allí para servirla, para esforzarse por llevarla a un orgasmo que a lo peor no llegaba nunca; eso podía hacerlo ella sola. Y tampoco iba a darle explicaciones, no iba a rebajarse a buscar una excusa en su indisposición. Mejor que se marchase, y así se lo insinuó.

Pero no se fue.

Se quedó toda la noche con él y, cada vez que Lebeaux regresaba de vomitar del baño, se la encontraba medio incorporada en la cama, despierta, atenta.

—¿Estás bien, mi amor?

Qué más daba que fuera mentira, que su interés no fuera real. Se sentía real. Su mirada preocupada, sus caricias lentas, casi maternas.

La ira que había empezado a experimentar hacia ella se fue disipando y Lebeaux acabó feliz por tenerla a su lado, sin pedirle nada, sin querer nada, sin decepción alguna por tanto. Incluso prolongó diez días su estancia para pasarlos con Sophie en Puerto Vallarta. Y entonces decidió ofrecerle irse a Europa con él, en un arranque que años después aún le sorprendería, y del que años después aún se sentiría orgulloso.

Al final, fue lo único que sacó del viaje a México, porque a su regreso, Degand le recomendó que no hiciese la operación:

—Se van a hundir, y es mejor que no nos salpiquen.

Lebeaux no solía pedirle muchas explicaciones para no implicarse más de lo imprescindible. Y mientras los consejos de Degand siguiesen mostrándose atinados continuaría haciéndolo así. No le sorprendió pocos meses después la noticia de la intervención por el Estado de los libros de contabilidad y el material informático de la cervecera ni que sus principales accionistas, aquellos hombres tan seguros de sí mismos que lo habían invitado a cenar, acabaran acusados de fraude, evasión de impuestos —¡en México, hay que ser verdaderamente idiota para ir allí a la cárcel por evasión de impuestos!— y blanqueo de dinero.

Lebeaux se dirigió a la puerta del vestidor; aún llevaba puesto el batín de seda granate. A él, por el contrario, no le gustaba que Sophie lo mirase mientras se desnudaba. Se detuvo antes de salir.

—Sophie.

—Sí, cariño.

—Tengo problemas.

Esa vez Sophie levantó la vista. Llevaban ya dos años juntos y ella no sabía gran cosa de sus actividades. Que era un gran banquero, que tenía inversiones en un montón de países, quizá había escuchado comentar a socios o competidores que podía ser un hombre muy duro. Pero él prefería hablar con ella de sus caprichos y pasatiempos a comentar cuestiones de trabajo. Cuando Sophie le veía preocupado y quería saber lo que sucedía, él siempre le quitaba importancia, hacía alguna broma, dejaba claro que no era interlocutora para esos temas.

Para preocuparme ya estoy yo, le había dicho más de una vez.

La mantenía apartada de su trabajo con el fin de no contaminarla, como si la quisiera, precisamente, para crearse un mundo sin mancha ni amargura. Sophie había acabado dándose cuenta de lo que su marido deseaba y se limitaba a ser la joven que Lebeaux quería a su lado.

Era la primera vez que Lebeaux le confesaba que tenía problemas.

Notó su indecisión, su miedo. No estaba entrenada para esa situación.

—Problemas graves. —Sophie se levantó y descolgó el albornoz del perchero—. No, no te vistas. Al contrario, quítatelo todo.

Sophie no protestó. Se quitó las bragas y el sujetador y se quedó parada sin saber qué hacer. En su cara juvenil revoloteaba el pánico. Quizá estaba ya pensando en la ruina o la cárcel, estaría pasando revista a esas noticias que a veces se leen en los periódicos sobre escándalos financieros, empresarios condenados por malversación de fondos o estafa al fisco. Le conmovió su temblor.

—¿Qué sucede?

—Me atacan. Vienen por mí.

Sophie se acercó a él, lo abrazó y se dejó acariciar la cabeza como si fuese ella la necesitada de consuelo.

—No te preocupes —le dijo Lebeaux—. No saben con quién se la juegan. Anda, dame un beso.

Lebeaux se quedó con sabor a dentífrico en la lengua.

-Dales duro.

Lebeaux asintió.

-No te preocupes -repitió, y salió del baño.

Sophie volvió a sentarse en el borde de la bañera y continuó cortándose las uñas.